

Corazones fervientes, pies en camino hacia la hospitalidad



Semana Misionera
16 – 22 Octubre 2023



Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión

Semana Misionera Hospitalaria

16 al 22 octubre 2023

Lunes 16 de octubre

Las brechas sociales, la pobreza, las migraciones forzadas... siguen creciendo. Parece imposible detener el deterioro del medio ambiente causado por los modelos de producción de bienes y los estilos de vida propagados por el capitalismo consumista globalizador. Los conflictos bélicos permanecen y se multiplican incluso en lugares donde parecía que había desaparecido como alternativa para dirimir conflictos. La política global no ha madurado lo suficiente como para gobernar al mundo en función del interés común de la humanidad.

Hemos recordado cómo la injusticia estructural genera situaciones de desencuentro. El desafío de la misión que hemos recibido es dar pasos efectivos hacia la fraternidad y la paz. **Desarrollar la dimensión del encuentro al interior de las culturas en las que encontramos sentido a nuestras vidas se convierte, por tanto, en un requisito sin el cual no es posible avanzar.** El encuentro es la dimensión de las culturas que sirve como instrumento para contribuir a superar la injusticia, transformar la sociedad y reconciliarnos como personas, pueblos y ambiente en el que se desarrolla la vida.

A través de las culturas personas y pueblos dan y encuentran sentido a sus vidas. **La Constitución Apostólica *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano hace una clara descripción de lo que se incluye en la palabra cultura.** De ella se desprende la realidad e importancia de la pluralidad cultural en el pasado, presente y futuro de la humanidad.

La Buena Noticia de Jesucristo se presenta como luz a todas las culturas humanas. Jesús nació, creció y vivió en una determinada cultura, sin embargo, su evangelio trasciende cualquier límite cultural. Él y sus discípulos entendieron, no sin fatiga, que la Palabra de Dios está dirigida a todo ser y toda cultura humana. Es posible encarnar el evangelio en todas y cada una de las culturas humanas. Como el fermento que penetra la masa, el evangelio se encarna en las culturas y abre la posibilidad del encuentro con Dios, con los hermanos y con la naturaleza. Todas las culturas necesitan este encuentro sanador para crecer en humanidad. Las religiones forman parte importante del sentido, símbolos y significados dados a la vida de un grupo humano a través de la cultura.

Las relaciones humanas son históricas por tanto, dinámicas y cambiantes. Las culturas, por consiguiente, se mueven, no existen por sí mismas ni forman parte de una especie de genética social que se trasmite invariada de una generación a otra. Es, al mismo tiempo, personal y compartida. **Cada persona, única e irreplicable, se identifica a sí misma a través de la cultura.** Al mismo tiempo, es una identidad socialmente compartida con otros seres humanos, cada uno de ellos también único e irreplicable.

La multiculturalidad reconoce la diversidad cultural como riqueza humana, favorece la convivencia entre las diferentes culturas y promueve su conservación. **La multiculturalidad es una compleja y fructífera experiencia de encuentro entre seres humanos culturalmente diversos.** Al mismo tiempo refleja la necesaria tensión entre las raíces locales de cada ser humano o grupo social y la mirada universal que genera identidad global y ciudadanía universal.

La Civiltà Cattolica

Martes 17 de octubre

Los desafíos que se presentan para la misión de la Iglesia

Monseñor Mario Iceta indicó que, **las ponencias de esta Semana de Misionología trataran de responder a los principales desafíos que se presentan hoy a la misión de la Iglesia,** en un tiempo marcado por la pandemia y la guerra. “En la ponencia *‘El pueblo de Dios, un pueblo migrante’*, vemos que es una característica de nuestro mundo de hoy, el movimiento de las personas, los grandes movimientos migratorios que cambian la configuración de las sociedades. En otro lugar también, con otro título de una comunicación titulada, *‘Las fronteras a la misión ad gentes y a la misión inter gentes’*, hoy en día las sociedades no son homogéneas, aparece un mestizaje y eso también es una segunda característica de las sociedades actuales que requieren de nosotros una reflexión, una profundización”.

El testimonio la mejor pedagogía para la misión

Por último, Monseñor Mario Iceta señaló cuál es **la pedagogía hoy para la misión** y cuáles son las formas de llevar el Evangelio. **“El Papa siempre nos habla de que no es por proselitismo, sino que es por contagio,** es por testimonio, es por atracción, es por mostrar los caminos que están en el corazón del hombre. Por tanto, cuál serían hoy también las nuevas pedagogías y las nuevas formas, que las otras configuraciones de las culturas requieren para que puedan recibir con gozo y en plenitud la semilla de Cristo”.

También afirmó que, **es importante despertar la conciencia misionera de ser anunciadores y testigos del Señor,** ver de qué modo podemos obtenerla y formarla también es un reto muy importante, **no solo para la misión ad gentes, sino para nuestro propio testimonio cotidiano en la vida** que habitualmente desarrollamos. “El Papa Francisco repite, ‘no es que tu vida tenga una misión, tu vida es misión’. Por ello, afirma el Prelado, debemos despertar esa conciencia misionera que nació y creció en nuestro corazón desde el día de nuestro bautismo, ese día fuimos constituidos en discípulos del Señor. Estar con Él, aprender de Él, adquirir sus mismos sentimientos, dejarnos transformar por Él y por el don de su Espíritu. Al mismo tiempo, estar con Él y enviarlos a predicar, no es algo que viene a posteriori, sino que es la otra cara de la misma moneda, el discípulo siempre es misionero.

Por eso, que **debemos reavivar esta conciencia misionera** como decía el Concilio Vaticano II, en la Dei Verbum, así como el Señor hacía presente el Reino con gestos y palabras, también nuestra vida debe ser así y con un testimonio de la presencia del Señor en nosotros, con

humildad como servidores pequeños, inútiles, que dice el Evangelio, pero también como esa levadura en la masa capaz de fermentar una civilización y una sociedad.

La alegría de los testigos del Señor

Don Mario **envió un mensaje a todos los misioneros del mundo**. “Pues, una palabra muy sencilla del Señor: ‘yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’ y recordando el Evangelio cuando dice el Señor: ‘no estéis alegres porque os someten los demonios, estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo’, **son para nosotros un sano orgullo en nuestros misioneros, estamos con ellos, admiramos su tarea y queremos acompañarles, sostenerles, ayudarles en todo lo que necesiten** y que se sientan muy acompañados, muy animados y por todo el pueblo de Dios y desde luego ante todo animado sostenidos por la fuerza del don del Espíritu, que es quien les envía, quién le sostiene, quién llena de paz y de esperanza”.

Monseñor Mario Iceta. Obispo de Burgos.

Miércoles 18 de octubre

Sinodalidad misionera

La sinodalidad misionera marca un enfoque sistémico de la realidad pastoral: no estamos simplemente invitados a tomar en cuenta algún aspecto de nuestra existencia y nuestra misión, sino que estamos llamados a asumir una forma alternativa y profética de habitar el mundo y de trabajar juntos como Iglesia. Los jóvenes nos han pedido con gran fuerza esta conversión fraterna y misionera, donde proceder juntos ya es una señal de la presencia del Reino de Dios entre nosotros. Debido a que es precisamente en el viaje realizado juntos que uno sana, que se convierte.

La sinodalidad, si lo pensamos bien, es un juego de tres. La nota explicativa sobre la "sinodalidad misionera" presente en el la *Cristus Vivit* lo dice muy bien: cuando hablamos de sinodalidad no estamos persiguiendo una versión democrática de la Iglesia y tampoco cedemos ante el tema de autoridad en la Iglesia. Es cierto, en el lado positivo, que la sinodalidad pone en juego una visión auténtica de la Iglesia como el "pueblo de Dios" llamado a una "comunidad en clave misionera".

Aquí está el juego de tres: todos nosotros, es decir, los miembros del pueblo de Dios que han recibido el don del Espíritu en el bautismo; algunos, aquellos que están llamados al servicio de la autoridad en la Iglesia particular; y uno, el sucesor de Pedro, llamado a ejercer una presidencia en la caridad por el bien de todos y cada uno.

Avancemos con coraje y convicción

Una Iglesia sinodal es una Iglesia de escucha, en la conciencia de que escuchar "es más que sentir". Es una escucha mutua en la que todos tienen algo que aprender. Todos los bautizados, los obispos, el Papa: uno escuchando al otro; y todos escuchando al Espíritu Santo, el "Espíritu de verdad" (Jn 14,17), para saber lo que "dice a las Iglesias" (Hechos 2,7). [...]

La sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el ministerio jerárquico mismo. Si entendemos eso, como dice San Juan Crisóstomo, "Iglesia y Sínodo son sinónimos", porque la Iglesia no es más que el "caminar juntos" del rebaño de Dios en los caminos de la historia para encontrarse con Cristo el Señor, también entendemos que dentro de nadie puede ser "elevado" por encima de los demás. Por el contrario, en la Iglesia es necesario que alguien "se rebaje" para ponerse al servicio de sus hermanos en el camino.

¡La dirección solo puede ser esta, porque precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio!

Discurso programático del Papa Francisco, retomado en el Documento Final en n. 118.

Jueves 19 octubre

Consagrados y enviados para la misión

Fuente: Misioneros de habla hispana.

Todos nosotros, miembros de la Iglesia e impulsados por el mismo Espíritu, somos consagrados, aunque de diverso modo, para ser enviados: por el bautismo se nos confía la misma misión de la Iglesia. A todos se nos llama y todos estamos obligados a evangelizar, y esta misión frontal, común a todos los cristianos, ha de constituir un verdadero "acicate" cotidiano y una solicitud constante de nuestra vida.

Es muy bello y estimulante recordar la vida de las comunidades de los primeros cristianos, cuando éstos se abrían al mundo, al que por vez primera miraban con ojos nuevos: era la mirada de quien ha comprendido que el amor de Dios se debe traducir en servicio por el bien de los hermanos. El recuerdo de su experiencia de vida me induce a reafirmar la idea central de la reciente encíclica: "La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!"(n. 2). Sí, la misión nos ofrece la extraordinaria oportunidad de rejuvenecer y embellecer a la Esposa de Cristo y, al mismo tiempo, nos hace experimentar una fe que renueva y fortalece la vida cristiana, precisamente porque se dona.

Pero la fe que renueva la vida y la misión que fortalece la fe no pueden ser tesoros escondidos o experiencias exclusivas de cristianos aislados. Nada está tan lejos de la misión como un cristiano encerrado en sí mismo: si su fe es sólida, está destinada a crecer y debe abrirse a la misión.

Si todos los miembros de la Iglesia son consagrados para la misión, todos son corresponsables de llevar a Cristo al mundo con la propia aportación personal. La participación en este derecho-deber se llama "cooperación misionera" y se enraíza necesariamente en la santidad de vida: sólo injertados en Cristo, como los sarmientos en la vid (cf. Jn 15, 5), daremos mucho fruto. El cristiano que vive su fe y observa el mandamiento del amor dilata los horizontes de su actuación hasta abarcar a todos los hombres mediante la cooperación espiritual, hecha

oración, sacrificio y testimonio, que permitió proclamar copatrona de las misiones a Santa Teresa del Niño Jesús, aunque nunca fue enviada a la misión.

La oración debe acompañar el camino y la obra de los misioneros para que la gracia divina haga fecundo el anuncio de la Palabra. El sacrificio, aceptado con fe y sufrido con Cristo, tiene valor salvífico. El testimonio de vida cristiana es una predicación silenciosa, pero eficaz, de la palabra de Dios. Los hombres de hoy, aparentemente indiferentes a la búsqueda del Absoluto, experimentan en realidad su necesidad y se sienten atraídos e impresionados por los santos que lo revelan con su vida.

La cooperación espiritual en la obra misionera debe tender sobre todo a promover las vocaciones misioneras. Por eso, invito una vez más a los jóvenes y a las jóvenes de nuestro tiempo a decir "sí", si el Señor les llama a seguirlo con la vocación misionera. No hay opción más radical y valiente que ésta: dejan todo para dedicarse a la salvación de los hermanos que no han recibido el don inestimable de la fe en Cristo.

Viernes 20

Papa Francisco: Quisiera una Iglesia orientada a la misión, donde caminamos juntos para evangelizar

Conferencia: "Pastores y laicos llamados a caminar juntos"

El camino que Dios está indicando a la Iglesia es precisamente el de vivir de manera más intensa y concreta la comunión, y caminar juntos. La invita a superar los modos de obrar autónomos o como las vías paralelas del tren, que nunca se encuentran: el clero separado de los laicos, los consagrados separados del clero y de los fieles, la fe intelectual de algunas élites separada de la fe popular, la Curia romana separada de las Iglesias particulares, los obispos separados de los sacerdotes, los jóvenes separados de los ancianos, los matrimonios y las familias poco implicadas en la vida de las comunidades, los movimientos carismáticos separados de las parroquias, por citar sólo algunos. Esta es la tentación más grave en este momento. Todavía queda mucho camino por recorrer para que la Iglesia viva como un cuerpo, como verdadero Pueblo, unido por la única fe en Cristo Salvador, animado por el mismo Espíritu santificador y orientado a la misma misión de anunciar el amor misericordioso de Dios Padre.

Este último aspecto es decisivo: *un Pueblo unido en la misión*. Y esta es la intuición que siempre debemos custodiar: la Iglesia es el *santo Pueblo fiel de Dios*, según lo que afirma [*Lumen Gentium*](#) en los nn. 8 y 12; no populismo ni *elitismo*, es el santo Pueblo fiel de Dios. Esto no se aprende teóricamente, se entiende viviéndolo. Después se explica, como se puede, pero si no se vive no se sabrá explicar. Un Pueblo unido en la misión. La sinodalidad encuentra su origen y su fin último en la misión, nace de la misión y está orientada a la misión. Pensemos en los orígenes, cuando Jesús envió a los apóstoles y ellos volvieron muy contentos, porque los demonios "huían de ellos"; fue la misión la que dio ese sentido eclesial. De hecho, compartir la misión acerca a los pastores y a los laicos, les da un propósito común, manifiesta la complementariedad de los diversos carismas y, por eso, suscita en todos el deseo de caminar juntos. Lo vemos en Jesús mismo, que desde el comienzo se rodeó de un grupo de discípulos, hombres y mujeres, y vivió con ellos su ministerio público. Pero nunca solo. Y

cuando envió a los Doce a anunciar el Reino de Dios, los mandó “de dos en dos”. Lo mismo vemos en san Pablo, que siempre evangelizó junto a otros colaboradores, también laicos y parejas de esposos; nunca solo. Y así fue en los momentos de gran renovación e impulso misionero en la historia de la Iglesia. Pastores y fieles laicos juntos. No individuos aislados, sino un Pueblo que evangeliza, el santo Pueblo fiel de Dios.

21 Sábado

Testimonio y proclamación

La interconexión entre testimonio cristiano y proclamación explícita del evangelio encuentra tal vez su mejor expresión en las palabras atribuidas a san Francisco de Asís: “predica el evangelio todo el tiempo, si es necesario utiliza las palabras”. Como escribió Pablo VI, “el primer medio de evangelización es el testimonio de una vida auténticamente cristiana” (41); y el documento DP insiste en que la proclamación “es la cima y el centro de la evangelización (10). El testimonio y la proclamación van de la mano. “La acción sin la palabra es muda, escribió David Bosch; la palabra sin la acción, es vacía”.¹³

El testimonio de la iglesia es, por lo menos, de cuatro tipos. En un primer nivel, está el testimonio de cristianos individuales: famosos como Albert Schweitzer o la Madre Teresa, o comunes: padres, maestros, obreros. En segundo lugar, está el testimonio de la comunidad cristiana: su vitalidad, su espíritu de acogida, su actitud profética o contracultural sobre determinadas cuestiones. Tercero, podemos hablar del testimonio institucional de la iglesia en sus escuelas, hospitales, servicios sociales, y orfanatos. Por último, está el “testimonio comunitario” de cristianos de diferentes tradiciones que viven y trabajan juntos, en diálogo continuo. Como lo expresa también el Manifiesto de Manila: “Si la tarea de la evangelización ha de ser alguna vez lograda, debemos realizarla juntos”.¹⁴

Juan Pablo II habló de la proclamación expresa del señorío de Jesús y de su visión del Reino de Dios, como “la prioridad permanente en la misión” (RM 44). No obstante, esta proclamación profética tiene que hacerse en un clima de diálogo, teniendo en cuenta la situación de aquéllos a quienes se dirige la buena nueva. Nunca puede hacerse al margen del testimonio, pues “por elocuente que sea nuestro anuncio verbal, la gente creerá siempre primero a sus ojos”.¹⁵ Además, la proclamación ha de realizarse siempre como una invitación, respetando la libertad de los oyentes. “La iglesia propone,” insistía Juan Pablo II, “no impone nada” (RM 39).

La Misionología constituye hoy un ámbito de lectura y de estudio muy apasionante. En un mundo globalizado y globalizante, en el que pululan las personas en movilidad, se experimenta el renacimiento de las religiones, proliferan las sociedades multiculturales... En un mundo amenazado además por la violencia y el terrorismo..., la teología y la pastoral están reconociendo que necesitan ser totalmente misionológicas. La misión no es algo que hacen algunas personas especiales en tierras exóticas. No es algo distante. Es, más bien, la realidad diaria de la iglesia de hoy. La Misionología ha llegado a ser la realidad cotidiana de una teología y de una pastoral que tratan de servir a la iglesia de manera creíble en la iglesia contemporánea.

Stephen Bennett Bevans, SVD, sacerdote, teólogo.

Domingo 22

La misión cristiana del siglo XXI

Xavier Pikaza

Estamos en un momento bueno para que los portadores del evangelio puedan recuperar la experiencia que está al fondo de los relatos de misión de Jesús (cf. Mt 10 par), cuando nos dicen que envió a sus discípulos sin otro poder que su palabra y el don de su presencia humana (el don de curaciones). Les mando en desnudez radical, sin más poder que el poder de sus personas creyentes, para compartir la vida con aquellos que les acogieran, sin imponerles estructuras, ni dogmas o verdades hechas.

Pues bien, hoy podemos encontrarnos ante un tiempo privilegiado de surgimiento eclesial, en clave de evangelio. La caída de formas y estructuras anteriores nos permite abrir el mensaje de Jesús en todas direcciones, de manera que los creyentes de cada cultura y lugar lo puedan expresar como ellos quieran, creando su propia iglesia, en diálogo con los cristianos de otras iglesias y culturas.

Ya no queremos convertir a los «infieles», ni extender las instituciones actuales de la iglesia sobre el orbe de la tierra (como si tuviéramos respuesta para todos los problemas), sino ofrecer el testimonio del Reino, con una palabra narrativa y no demostrativa, con un ejemplo de solidaridad fraterna y fiesta pascual, que nos reúne en forma de comunión a los diversos grupos de cristianos. Queremos ofrecer el gran tesoro de Jesús y hemos de hacerlo de manera humilde y generosa, pues tesoro que se impone acaba siendo obligación y verdad que se demuestra se vuelve banalidad o dictadura mediática. En este contexto podemos y debemos ofrecer un testimonio misionero activo, asumiendo, sin duda, las estructuras del orden eclesial, pero desbordándolas de forma generosa.

Ciertamente, la iglesia ha realizado con estas estructuras ya pasadas una labor admirable de globalización, de manera que ha podido decirse que ha sido el primer sistema mundial, en plano de derecho y administración sagrada. Pero ese mismo triunfo en línea de sistema se ha vuelto una gran debilidad: la iglesia ha corrido el riesgo de entender la unidad como uniformidad, la comunión en Cristo como imposición sagrada, como una dictadura donde todo se impone desde arriba, sin que los individuos y las comunidades puedan expresar el evangelio de manera creadora, a partir de sus propias opciones culturales y sociales.

Lo que importa no es la pura tolerancia externa. Una tolerancia sin solidaridad y comunicación personal acaba siendo experiencia de muerte. Por eso, lo que importa de verdad es la capacidad creadora de vida: que los hombres y mujeres puedan descubrirse enriquecidos por el don de Dios (por su Presencia), de manera que lo expandan y compartan, abriendo un camino de humanidad, en este tiempo amenazado por la muerte.

El viejo paradigma de un cristianismo sacral, bien centrado en su verdad dogmática y dirigido por una jerarquía que se presentaba como signo del Cristo de la gloria ha sido hermoso, pero ha terminado. Por eso, la estructura actual de la iglesia católica, que culmina en la pirámide de la jerarquía, no parece la más adecuada para expresar la experiencia de Jesús y expandir una forma de vida en comunión y tolerancia. No es que esa haya sido falsa o que carezca de valores. Lo que pasa es que parece que ha perdido la capacidad de anunciar el Reino de Jesús,

desde la nueva situación de la historia. Ella puede y debe seguir realizando su función por un tiempo, pero las aguas de la vida y del evangelio van por otros cauces. Por eso resultan necesarios y están surgiendo (quizá han surgido ya), unos nuevos paradigmas de comunicación y fe cristiana.

Pues bien, más allá de esa iglesia-sistema, se eleva y triunfa una iglesia que es libre en Jesús, una iglesia que se funda en la gracia pascual y se expresa en forma de gozo creador y comunicación gratuita, abierta a todos los hombres

Xavier Pikaza, teólogo y filósofo